

LA CIUDAD MUERTA

¡Oh, la ciudad sin vida,
la vieja ciudad muerta,
que á la Luna, como un abandonado
cementerio blanquea!

Las calles silenciosas. Como tumbas
son las casas. Las puertas,
las ventanas, cerradas... Ni una sombra,
ni una luz, ni una queja.

El musgo crece en las ruinosas plazas,
las fuentes están secas.

El tiempo se ha dormido en los relojes
de las viejas iglesias,
que en la noche la inmensa pesadumbre
de sus moles fantásticas proyectan.

¡Silencio secular, ciudad sin vida,
elegía de piedra
que llora el abandono de una raza,
que á Dios orando, la rodilla en tierra,
sintió sonar la triste campanada
de su hora postrera!

¡Oh, la ciudad sin vida,
la vieja ciudad muerta,
que á la Luna, como un abandonado
cementerio blanquea!

LA CASA MUERTA

Á SANTOS TAVARES

Entre negros cipreses
blanquean las paredes de la casa.
Está desierta. Sobre
la ojiva del balcón, ya no se alza
del escudo de mármol
la heráldica cimera empenachada.

Está ya muerta. Nadie
se asoma á las ventanas...
¡Detrás de los cristales ya no cosen
aquellas manos blancas!

Muda, bajo la sombra
de los altos cipreses, solitaria,
la casa es una tumba
en viejo cementerio abandonada...

Sólo á la media noche, cuando muere
la última vibración de las campanas,
cruza por los jardines silenciosos
una legión de sombras enlutadas...

¡Pobres muertos queridos, pobres muertos,
volved á vuestras tumbas solitarias!

¡El escudo de piedra han arrancado
manos plebeyas, y plebeyas plantas
profanan el silencio aristocrático .
de las antiguas y grandiosas salas,
donde al son del pausado clavicordio
y á la luz de las trémulas arañas,
copiaron las doradas cornucopias
vuestras nobles pelucas empolvadas!

LA HORA FAMILIAR

A ALFONSO GAYO

Ya no se ven tras los cristales
que incendia el sol del Mediodía,
los rostros pálidos, las manos
blancas y exangües de las niñas
que en las serenas tardes, bordan;
ni en las nocturnas sombras brillan
los resplandores de una lámpara
sobre la paz de la familia.

Están cerradas las ventanas,
y melancólicas las brisas
de Otoño, húmedas deshojan
la enredadera ya marchita.

¡Adiós, le dije á la ventana,
donde en lejanas despedidas
tembló de miedo por la ausencia
su blanca mano entre las mías!

La casa duerme. Los cristales
copian el rostro de otras niñas
que bordan lentas, en la tarde;
y en las nocturnas sombras brillan
los resplandores de otra lámpara
sobre la paz de otra familia!

FANTASÍA MORISCA

A ALFREDO MURGA

El reloj encantado
retumba la una.

Bajo el plateado
temblor de la Luna,
la fuente sonora
del patio, entre tanto,
nos cuenta el encanto
de la reina mora.

Un dragón vigila
 su lóbrego encierro.
 La feroz pupila
 se revuelve inquieta.

A quien mira, mata.
 La mano de hierro
 crispada aún, sujeta
 la llave de plata.

Lenta el agua llora;
 y la reina mora,
 sola con su llanto,
 espera el acero
 del joven guerrero
 que rompa el encanto.

Pálida y sumisa,
 bajo una palmera,

con su peine de oro
 y marfil, alisa
 el negro tesoro
 de su cabellera!

El reloj encantado
 retumba la una.
 Bajo el plateado
 temblor de la Luna,
 la fuente sonora
 del patio, entre tanto,
 nos cuenta el encanto
 de la reina mora!

MYOSOTIS

Á ENRICO CORRADINI

I

El libro de mis versos tiene un registro rosa
que señala la hora más bella de la vida...
Es el claro recuerdo de aquella edad perdida
que cuanto más lejana surge más luminosa.

Es hora en que á la sombra de algún árbol dormido
bajo la luz dorada del sol de Primavera,
un balbuciente y tímido labio, por vez primera,
una frase de amores murmuró á nuestro oído.

La frase, la divina palabra, se ha olvidado...
 No sabemos qué dulce labio la ha pronunciado...
 Pero queda la música de la voz, el acento

cariñoso y suave... ¡Pobre alma dolorida,
 póstrate de rodillas y besa este momento,
 el único momento dichoso de tu vida!

II

Una oración se eleva del jardín... En alguna
 senda, se apaga el eco de unos pasos distantes,
 y de los negros árboles las sombras ondulantes
 tiemblan sobre el movable cristal de la laguna.

En el fondo del parque melancólico, en una
 escala monotóna de notas vacilantes,
 el surtidor aventa su polvo de diamantes
 temblando bajo el pálido resplandor de la Luna.

El alma solitaria de Chopín, de una mano
enferma á las caricias, preludia en el piano
los líricos sollozos de su melancolia.

Se duerme entre las teclas la mano evocadora...
La última luz se apaga, y en la selva sombría
palpita la voz trémula de un ruiseñor que llora!

III

Paisaje inverosímil de cosas increadas
en la vida. Ese vago paisaje de oro, seda...
Y perfumes flotantes, del que tan sólo queda
un recuerdo confuso de sombras disipadas.

Las estrellas son almas. Las flores del camino
incensarios que elevan su perfume á los cielos;
y una mística ola de inefables anhelos
suspende nuestras almas en éxtasis divino.

En todo reina un tímido silencio sobrehumano...
 Se habla con la mirada; el labio no se mueve...
 Ni el aliento más tenue, ni el rumor más pequeño...

No se besa la boca ni se estrecha la mano
 de la Amada, temiendo que al contacto más leve
 se deshaga en la espuma fugitiva del sueño!

III

Por el balcón abierto, sobre la noche en calma,
 penetra tembloroso un rayo de la Luna,
 envolviendo la estancia melancólica, en una
 claridad que parece la claridad de un alma.

El silencio se escucha. En la brisa dormida
 vuela una tenue esencia, un perfume bendito,
 que recuerda aquel vago perfume favorito
 de alguien que en nuestros brazos abandonó la vida.

IV

Se oye el más leve ruido, el más tenue... La hoja
de un libro que se vuelve, la flor que se deshoja...
Es hora en que el poeta sobre el papel se inclina

á la luz de la lámpara, y sollozando escribe
la canción más doliente á la sombra divina
de aquella que ya sólo en sus recuerdos vive...

VI

V

Se adivina en el gárrulo temblor de la hojarasca
un estertor, un grito que eriza de pavora
el alma y los cabellos, y en el aire se masca
un húmedo y salobre olor á sepultura.

Sentimos nuestra alma morir en esta roja
tarde que se desangra sobre tersos cristales,
mientras el pensamiento, al acaso, deshoja
los frágiles ensueños de sus mustios rosales,

Todo se va extinguiendo. El tiempo se oye apenas
 como el tic-tac de un péndulo que late en nuestras venas...
 Se apaga la luz lívida de nuestra pesadilla

de sangre... Calla el viento, y el alma se despierta
 al ver entre el ramaje á la Luna amarilla
 que asoma su faz pálida como la de una muerta.

VI

— Do, Re, Mi, Fa... — La virgen da lección de solfeo.
 Sobre el atril abierto donde el método ondea,
 siguiendo el ritmo ágil de la música, veo
 el lirio de sus manos que en las sombras blanquea.

— Fa, Sol, La, Si... — Su acento diluye una fragancia
 sutil, cual si de pronto por una vidriera
 rota, llegase tibia á alegrar nuestra estancia
 una fragante y cálida brisa de Primavera.

— Si, Do, Re, Mi... — Suspiran los labios infantiles.
¡Oh, Amor, Amor romántico de mis catorce abriles!
Azul de las pupilas, labios de rosa, y sobre

el hombro el áureo encaje del cabello deshecho...
¡Y yo, con ambas manos sujetando mi pobre
corazón que quería saltárase del pecho!

VII

Tienen estos jardines esa lujuria triste
y caduca del último beso de despedida.
Al juntarse los labios se olvida cuanto existe,
y en el beso se pierde la noción de la Vida.

El aire es como una tibia mano de seda
que nos va adormeciendo á fuerza de caricias;
y en la sombra del verde sueño de la arboleda
hay bancos solitarios y altas hierbas propicias,

Edén de encantamientos; fabulosos jardines
con músicas de aguas y aromas de jazmines,
donde todo en un himno de amores se convierte,

hechos para las lágrimas de amante despedida,
para amarse en un beso hasta perder la Vida,
y proseguir besándose á través de la Muerte!

VIII

Ten para todo, amada, una misma sonrisa,
porque todo es lo mismo, los astros y las rosas,
el huracán que atruena y la fragante brisa...
En todo la infinita vanidad de las cosas.

Es tan breve el camino por donde caminamos
que no vale la pena de pararse un momento...
Ni una huella en la senda, tras nosotros dejamos,
y el polvo que nos cubre se ha de llevar el viento!

El dolor es la sangre que corre por las venas;
 nodrizas de la vida siempre fueron las penas...
 Sólo el amor nos brinda un poco de consuelo...

Es la fuente que apaga la sed del peregrino...
 Goza tu dicha: muerde la fruta del camino
 antes que de madura caiga podrida al suelo!

IX

Desde las atalayas resonó la trompeta
 de oro, que al oído anuncia tu llegada,
 y para recibirte, el alma del poeta
 se vistió como una virginal desposada.

Como á través del humo de fragante incensario,
 entre nubes de polvo, en la senda fulgía
 tu belleza en el solio dorsal de un dromedario,
 toda resplandeciente de luz y pedrería.

Las trompas te aclamaron con estruendo, y un coro infantil cantó un viejo epitalamio de oro...

Llovieron rosas blancas en el aire tranquilo;

cruzó ante tí un guerrero desfile de legiones,
y al pisar tu pie el blanco mármol del peristilo
te saludó un salvaje rugido de leones!

AURORA TRISTE

Á ALEJANDRO SAWA

I

Bajo la luz del alba dormita el caserío.

Un buey muge. Un gallo canta. La golondrina
en las floridas rejas de la ventana trina,
agitando las alas bañadas de rocío.

Silenciosas las sendas y las ventanas todas

sin luz... Una tan sólo fulgura iluminada...

¿Un poeta que escribe canciones á su amada

ó una novia que cose su vestido de bodas?

Sobre el pueblo dormido y las calles lejanas
cruza un lento y severo plañido de campanas
que en los remotos valles, temblando va á extinguirse...

La luz azul y trémula de la aurora ilumina
á algún pálido rostro que, llorando, se inclina
á cerrar unos ojos que jamás han de abrirse!

VELADAS DE AMOR

(1901-1903)